¡AY, POBRE YORICK, TANTO COMO LE CONOCÍA!

Joan Patricia Basch



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Yorick es sin duda la más famosa de las calaveras, dentro y fuera del teatro; pero lo cierto es que su papel en Hamlet *resulta más bien pasivo, por no decir* mortuorio. *Y no es por falta de dotes interpretativas, no crean…*

REGRESO

Entrevistada en su planta baja de Forest Lawn, la sonriente estrella de *La calavera reptante,* cuyo estreno tiene lugar esta semana en el circuito Transwaal de cines al aire libre, nos habló de una carrera que parece tipificar la invencibilidad de los actores:

–Nunca había tenido tantas oportunidades de actuar como en esta película –afirmó francamente la incorpórea estrella–. Por algún tiempo, desde que mi carrera se vio interrumpida por la muerte, lo único que hice fue formar parte del decorado. A nadie le importaba un comino que yo supiera ACTUAR o no. Además, también había envidia y celos profesionales de por medio. Recuerdo una producción (naturalmente, no mencionaré nombres) en la que intenté HACER algo con mi papel. Tal como estaba escrito, yo no era más que una calavera auténtica. ¡Incluso Yorick tenía más papel en potencia! Bueno, la *conmoción* que se armó… Algo increíble. Quisieron quitarme del reparto… enterrarme en cemento… Claro está, todo se silenció.

–¿Cree usted que…?

(Sigue en pág…)

LA SEÑORITA CASSANDRA STRAUSS, DESDE NUEVA YORK, A LA SEÑORA EILEEN WEISBARD, EN MALLORCA

Querida Eileen:

Lee el recorte adjunto, que corté del periódico (inidentificado) en el que vinieron envueltos ayer mis comestibles, y que llegaron casi al mismo tiempo que tu ansiada postal, con la nueva dirección. Estoy absolutamente segura de que el espectáculo que no se cita en la entrevista es el mismo en que yo intervine, y me enoja pensar que si alguien lee este artículo probablemente pensará que todo fue sólo una broma de mal gusto.

Antes de que te entusiasmes pensando que tan pronto salí de la academia ya me dieron un papel, he de advertirte que el mío constaba sólo de una línea. (La línea era: «¿Qué significa todo esto?») Sin embargo, todavía recuerdo la frase de Stanislavski: «No hay papeles pequeños, sólo actores mediocres.» Lo cual es un consuelo.

El espectáculo no era de los usuales en Broadway, aunque no sea esto totalmente cierto, puesto que el protagonista lo interpretaba Les Byrom. En persona, jamás le reconocerías con su propio rostro. Oh, es muy guapo... pudo haber sido un galán romántico, de haberse dedicado al teatro serio.

Greg, el director del elenco, es bastante joven, pero calvo... bastante regordete y tiene una boca de gesto hosco. Es muy activo e incansable, y se lleva aparte a los actores para hacerles las debidas advertencias, de cuyos apartes todos salen con una expresión ensimismada. Durante la segunda semana, me llevó aparte y me preguntó qué me parecía mi texto. Le contesté que me parecía poco largo, y se enfadó. No le gustan los chistes. Me preguntó si yo era virgen, y cuando contesté afirmativamente, asintió como si ya lo hubiese sospechado. También me preguntó qué edad tenía, y contesté que diecinueve años, y dijo que yo estaba llena de defensas; que si deseaba ser actriz no debía apartarme de la vida con tan ligera petulancia. Tenía que aprender a comunicarme en forma *humana:* sin palabras. Me sentí tan terriblemente avergonzada que experimenté un vacío en el estómago, aunque no lloré, sino que sonreí y le di las gracias. Pero cuando llegó el momento de pronunciar mi texto, la voz se negó a salir de mi garganta. Oh, a veces me siento tan confusa... Yo no quería parecer una chica demasiado lista ni demasiado tonta, y... Oh, pero no quiero insistir sobre esto.

La comedia, titulada *Heinrich: Fausto en el teatro del absurdo,* era una traducción del servio-croata hecha por la esposa yugoslava de Les, Dinka, adrede para él. Durante todo aquel ensayo, Dan, el regidor de escena, estuvo murmurando:

–Gustó mucho en Dubrovnic.

En realidad, la obra no se representó nunca en Dubrovnic. Es demasiado contemporánea. Es una versión donde se ve que Fausto y Mefistófeles tuvieron un *ligue* homosexual; Margarita es una prostituta frígida, hasta que Heinrich la viola en el escenario, y Marta, en realidad, es su madre, que tiene la culpa de todo por ser tan puritana, aunque ella sólo tiene ojos para Mefistófeles, que al final resulta ser su padre. Y nadie puede comunicar sus ideas y anhelos. Esto es una

bofetada para el materialismo americano. Bien, parecía que la obra iba a ser un *succéss d'estime,* pero hubo un crítico que alegó que ya era hora de reponer *Peggy de mi corazón.*

Bueno, lo que se menciona en ese recorte empezó poco antes del ensayo general. Te describo la escena:

El decorado aún no estaba montado, y la zona por la que debían moverse los actores estaba señalada por una serie de sillas plegables. Les se hallaba en el centro del escenario, al lado de una mesa donde estaba la calavera, bajo el resplandor carcelario de los focos. Cinthia, una actriz de televisión con el cabello muy rubio, que interpretaba a Margarita, estaba cerca, inmóvil. (En cierta ocasión gastó una broma y Greg Martin, el director, no la soportó.)

Sentados más allá de la zona señalada, con una taza de café y rodeada por la niebla de un cigarrillo, se hallaba la actriz que interpretaba a Marta, una mujer morena de unos cuarenta años, junto con el actor que hacía de Mefistófeles. Es un individuo desmañado, torpón, y lucía una barba bien cuidada como parte de su papel. Dan, el regidor de escena, que tiene unos veinticuatro años y es pelirrojo, se hallaba justo detrás del arco del proscenio, con el libro de la obra, aunque a Les no le gusta que le apunten nada. Yo estaba sentada cerca de Dan. *Natch.* (Podría contarte muchas cosas de Dan, pero esto requeriría otra carta.)

Greg, claro está, estaba en el proscenio con Moira, su ayudante, una morenucha delgada, con el pelo muy largo. En la penumbra del escenario se hallaba Dinka, la esposa de Les, haciendo punto como de costumbre.

Todo estaba en silencio, con excepción del crujido de los papeles respectivos y el tintineo de las cucharillas en las tazas de café, aparte de algunos martillazos al fondo del escenario.

Les estaba representando su gran escena, en la que se dirige a la calavera con marcada animosidad. Cogió un marco de madera. (Por suerte, tuvimos a punto todos los objetos y útiles de guardarropía antes de que su propietario fuese ingresado en el hospital con una luxación vertebral.) Les miraba a través del marco al declamar:

«Yo sostengo el espejo ante la Vida... la Vida... ¡el reflejo distorsionado de la sonriente Muerte! ¡Ríe, Muerte! ¡Y yo te devolveré tu sonrisa intrínseca con gozosa camaradería! ¡Ah, yo me río! ¿Por qué no ríes, tú, la gran Burlona? ¡Ríe! ¡Ríe!

¡RÍE!...»

Y entonces, la calavera hizo: «¡Ja, ja, ja!», de modo burlón.

Marta soltó una risita nerviosa.

Mefistófeles masculló algo y huyó del escenario.

Cinthia chilló, saltó fuera del escenario y tropezó con alguien en la obscuridad. Recuerdo todos estos detalles ahora, pero en aquellos momentos sólo tuve ojos para Les, que había dado un paso atrás, estando a punto de caer del escenario. Dinka corrió hacia él y le obligó a sentarse, con las piernas colgando por el borde del proscenio. Luego empezó a atosigarle de forma enojosa, poniéndole un suéter sobre los hombros. Por fin, volvióse para increpar a Greg.

–Mi esposo es un artista. ¡Un artista! ¿Entendido? Y no le gustan estas bromas. ¿Quién es el culpable?

La confusión era la nota predominante. Dan fue el primero en aproximarse temerosamente a la calavera.

–¿Eres tú el responsable de esta broma, Dan? –estalló Greg, como reacción a las palabras de Dinka.

–No –replicó Dan escuetamente. Estaba de espaldas a Greg, ocultando la calavera–. Ahora ha parado.

–¿Cómo que «ha parado»?

–Estaba actuando otra vez... Probablemente, ha sido mi imaginación solamente –sonrió Dan, ambiguamente.

Volvió a su silla y se concentró ostentosamente en hacer algunas anotaciones en la obra.

Greg sentenció que todo había sido solamente un caso de hipnotismo colectivo. Luego rogó a Les que ensayase la escena desde el principio. Mefistófeles volvió, enfurruñado por la sorpresa y la curiosidad. Marta, que había salido también unos instantes, regresó a su sitio con el aspecto de la virtud concienzuda. Cinthia reapareció, con los ojos enrojecidos. Básicamente, era una *actriz* muy disciplinada. Lo cual era una lástima, puesto que yo era sólo una meritoria.

Les había ya empezado a recitar su monólogo, cuando calló y exclamó:

–Está actuando de nuevo.

–¿Cómo que está «actuando de nuevo»? –gruñó Greg–. Es una calavera de sólido hueso, lisa y brillante.

–¿Y por eso no puede actuar? –gritó Les, perdiendo los estribos por primera vez en su vida–. ¡Usted no sabe nada de actuar desde dentro! ¡Está sólo obsesionado con la carne! ¡Y actuar sale del alma! ¡Los de su clase son todos iguales!

Esto molestó a Greg, porque procede de la televisión.

–No hay papeles pequeños, sino actores mediocres –exclamó de pronto Marta, por fortuna.

Luego sufrió una especie de ataque de histerismo.

Dan *cruzó* el escenario y la abofeteó. Yo corrí a los camerinos, localicé al fin un grifo que funcionaba y mojé un pañuelo, que me apresuré a colocar sobre la frente de Marta. Esta se recuperó y empezó a chillar:

–¡Quita ese trapo de mi cara, idiota!

Lo cual más bien arrojó un cubo de agua fría a mi labor espiritual. Retrocedí, capté la mirada de Dan, el cual se rió desdeñosamente, como si se tratase de una broma secreta entre los dos, y me sentí mejor. (A veces creo que sabe leer en mi cerebro, lo cual es embarazoso, enfurecedor e inconveniente, pero sin saber por qué esto me hace feliz, cubriéndome el rostro de rubor.) Marta se disculpó al fin, cogiéndome una mano y sollozando.

Greg fue a visitar al guardarropa convaleciente, el cual vivía muy cerca de allí. Yo fui a buscar café para todos. Lo tomamos al fondo del escenario, sentados de espaldas al mismo. De vez en cuando oíamos un «clic», como de unas mandíbulas al rechinar, de modo que hablábamos en voz baja. Casualmente, Moira rozó a Mefistófeles y éste chilló. Le había hecho derramar el café. Formulamos diversas sugerencias. ¿Incineración? Se necesitaría un crematorio, y no poseíamos ningún certificado de muerte. ¿Arrojar la calavera al río?

Mefistófeles explicó que entre bastidores tenía un bastón que entregaría de buen grado si Dan lo necesitaba para coger la calavera y enterrarla en cemento. Sin embargo, no teníamos cemento húmedo. El sonido rechinante sonaba más fuerte. A decir verdad, empezaba a sentir lástima de la calavera, aunque temía proclamarlo por miedo a que me obligaran a llevármela a casa como un obsequio. Me hallaba luchando entre estas ideas y sentimientos contradictorios cuando volvió Greg. –Estábamos hablando –susurró Moira– de que tal vez el cemento blando nos serviría para... De pronto, junto a Greg apareció un individuo con el pelo color de arena.

Llevaba unas ropas a cuadros, fumaba en pipa y sujetaba una cartera repleta de papeles. Debió de permanecer sentado al fondo del teatro, aunque nadie se había fijado en él, ni supimos cómo había entrado.

–Soy de Equidad –anunció escuetamente. Los ojos de Greg mostraban el blanco como los de un corcel al galope–. Me gustaría conversar dos palabras con el señor... hum... Martin.

Los dos se apartaron de nosotros, aunque todos pudimos comprender qué estaban discutiendo. El otro se marchó y Greg volvió hacia nuestro grupo.

–Olvidemos el cemento –murmuró tristemente–. Este era un representante de la Equidad de Actores (como si no lo supiésemos). No podemos sustituir la calavera. Podíamos haberlo hecho la primera semana, pero ya es tarde. La calavera se queda aquí.

–¡Pero es de guardarropía! –protestó una voz.

–No, no lo es. Es una *bona fide,* un miembro con la correspondiente tarjeta de la Equidad de Actores. Ese tipo que acaba de marcharse, ha dicho: «Si ese objeto no forma parte del reparto, no habrá función.» La calavera se queda o nos vamos todos.

–¡Los sindicatos... bah! –exclamó Dan. –¡Los sindicatos son excelentes! –replicó Dinka–. ¿De qué otro modo conseguirían los obreros protección?

–Bien, yo me despido –manifestó Marta–. Aunque me hagan el boicot hasta que me muera. Agucé las orejas, puesto que yo no era más que una meritoria.

–Claro que no podemos luchar contra la Equidad –sentenció Moira. Hizo una pausa dramática–. Pero podemos ir en busca de un sacerdote. Exorcizar a la calavera.

Nos quedamos boquiabiertos. Dinka, que parecía estar maquillándose por no perder el tiempo, fue la primera en hablar.

–No debemos rendirnos a la superstición. Moira objetó que estaba harta a causa de la estrechez mental y la intolerancia de los materialistas agnósticos. Prosiguió alegando que, puesto que no había ninguna otra sugerencia práctica, podía ir en busca de un sacerdote que conocía.

Les dejó oír una de sus raras observaciones fuera de escena, diciendo que por lo que él sabía, no podía llevarse a cabo un exorcismo sin toda clase de dispensas, etcétera.

–Las conseguiremos –afirmó Moira, tenazmente, habiendo recuperado su frialdad–. Explicaré que es una cosa apremiante. Que tenemos que estrenar dentro de un par de días.

Acuciada a preguntas, replicó airadamente que el padre Lewen era jesuíta. El lo solucionaría todo, ya que para eso están los jesuitas.

Greg y Dan fueron a ver a Melvin, el guardarropa. Los demás, unidos por la adversidad, nos congregamos en el restaurante chino del otro lado de la calle. Cuando estábamos devorando los pastelillos de la fortuna, llegaron los dos y se sentaron, dispuestos a contarnos una historia.

Por lo visto, la calavera era de un pariente lejano de Melvin, un agente de Bolsa que deseaba tanto trabajar en el teatro que acabó por fundar su propio Grupo Cooperativista Teatral. Nadie podía soportarle y se produjeron muchas disensiones. Falleció durante una improvisación y resultó que había cedido su calavera a la guardarropía en donde Melvin (a falta de algo mejor) la había alquilado. Prorrumpí en lágrimas.

Dan se puso a interpretar *Corazones y flores* en un violín imaginario. Greg me miró ferozmente por debajo de sus cejas y dijo que no me habría sentido tan sentimental de haber conocido al propietario de la calavera. Melvin lo había descrito como un ser tan violento que la espontánea respuesta suya referente a volver a ver la reliquia pudo haber sido mucho más airada de lo que fue. –El tiempo no ha corrompido, no ha podrido ni ha reducido su infinita perversidad –añadió Dan, tranquilizadoramente.

Moira se marchó cuando hubo consumido su último pastelillo (que no ayudaron en nada) en busca del padre Lewen, cuya iglesia estaba en el distrito.

Al día siguiente, el ensayo se celebró en un estudio de la calle Cuarenta Oeste, puesto que en el teatro estaban montando el decorado. (Oí decir que los tramoyistas trabajaban en torno a la mesa que tenía aún la calavera encima. Trataron de mantenerse animados por medio de música, pero la calavera se puso a cantar en voz alta. Supongo que lo hizo para fastidiarles.) Moira estuvo ausente, consultando con unos teólogos, y Dan iba del teatro al estudio. El y Greg también se turnaron para visitar la oficina de la Equidad con el fin de comprobar las credenciales del representante. De acuerdo, estaban en regla, y los trataron de modo tan frío que comprendimos que ocurría algo; probablemente tenían algo contra nuestra actuación.

Al día siguiente todos llegamos al teatro animados y temprano. Excepto la mesa de cocina con la calavera en el centro del escenario, todo el decorado lo componían unas unidades en forma de cubos y terciopelos negros.

–Mi marido es un artista, no un acróbata –se quejó Dinka.

Pero era un decorado hermoso. Nos diseminamos por el escenario con los abrigos puestos y suspiramos. Estaban colocando las luces entre una serie de órdenes contradictorias, un tintineo y un golpe ocasionales, seguidos por algún monosílabo anglosajón, con algunos martillazos esporádicos. El decorado se disolvió y reformó con el cambio de luces, adquiriendo color, que luego se desvaneció.

El padre Lewen era un individuo gordo y rubio, de unos cincuenta años, de voz suave, con una barbilla prominente. El y Moira habían llegado antes que los demás para disponerlo todo. Un exorcismo requiere un poco de guardarropía: una campana, una Biblia y cirios, y

otros objetos semejantes. (Dan colocó en escena un cubo con arena para que los cirios no violasen los reglamentos contra incendios. Todos estábamos muy nerviosos.)

Iluminaron el escenario con un efecto de luna azul, con un rayo de luz difuso encima de la calavera. Las llamas anaranjadas de los cirios parecían arder sin dar luz. Alguien hizo sonar una campana en el camarín del sonido… tres notas lentas, resonantes, que rompieron el silencio. Todos estábamos sentados muy quietos en la platea. Yo quise rezar, pero estaba demasiado excitada. El padre Lewen, orondo y en sombras fuera del cono central de luz, empezó a canturrear en latín. Luego, se interrumpió y no pudo continuar, a causa de estar riendo fuertemente… no muy alto, aunque veíamos cómo se movían sus hombros. Iba a serenarse de nuevo, cuando la calavera exclamó:

–¡Vaya experimento extraño! El padre calló de nuevo. (Era la primera vez que la calavera había hablado, aunque a todos nos pareció una cosa natural, considerando todo lo ocurrido.)

Velozmente, Greg saltó de su silla y se apoyó en el proscenio. Levantó la vista hacia el cura. –Presiento que usted no está metido en su papel –rezongó–. ¿Cuál es su acción? –¿Mi acción?

–Usted pierde su concentración porque su acción no está clara. Tal vez nosotros la encontremos.

–Señor Martin… –empezó a decir el padre Lewen.

–Puede llamarme Greg –le interrumpió éste, cordialmente–. Así me llaman todos. Hubo una pausa.

–Bien, usted puede llamarme *papá* –*se* enfurruñó el padre Lewen.

–Está de broma, claro –musitó Greg, con cierta tolerancia a causa de la sotana.

Yo le miré con alarma. Greg continuó con impasibilidad.

–Para empezar, tiene que encontrar el factor base –elevó los ojos y se pellizcó el labio inferior–. Tratar de puntualizar su concepto del mar.

El padre Lewen pareció olvidarse de Greg. Exhibió una expresión meditabunda al mirar la calavera.

–Esto no es el Espíritu del Mal –estableció.

–Tampoco es un milagro de Dios –masculló la voz de Dan, desde la segunda fila–. Ni son fríos ni calientes; por tanto, ¿debemos vomitarlos?

–No… –musitó el padre Lewen–. No es posible calificar de *tibio* a un espíritu, ¿verdad?

Avanzó hacia la escalerilla que descendía del escenario a la platea y escrutó la penumbra en busca de Dan, que parecía haber dado en el clavo.

En aquel momento, se oyeron unas pisadas por el pasillo. Era el representante de la Equidad, con el abrigo entreabierto, la pipa entre sus dientes.

–¿Qué es esto? –inquirió.

Le seguía una rubia bajita y regordeta, de unos cincuenta años y llevaba unas gafas obscuras como las del hombre, sosteniendo en la mano unos papeles sujetos con un clip, en los que tomaba notas, al tiempo que trotaba briosamente detrás del representante.

Greg intentó explicar desesperadamente que estábamos efectuando algo para no contrariar los reglamentos de incendios. Que deseábamos cumplirlos a rajatabla. La explicación no sirvió de nada. Se oyó la

palabra «arbitraje». El representante continuó hablando como una ametralladora.

–Lo que hacen está sumamente falto de ética y es perjudicial para la profesión, en su conjunto. Lo que ustedes llaman «exorcismo» –miró a su alrededor retadoramente–, puede servir para privar de su existencia a este individuo, sin cuyo empleo temporal es algo inmaterial. Si todos los directores –indicó al pobre Greg blandiendo la pipa– se considerasen con licencia para asesinar a los actores, se encontrarían en un callejón sin salida, y ello podría significar el fin del teatro tal como lo conocemos hoy. –La rubia iba tomando notas furiosamente y asintiendo con la cabeza–. Las circunstancias de este caso particular ofrece unos rasgos poco corrientes, lo reconozco. (Puff-puff, hizo la pipa. Greg sonrió con una secreta esperanza.) Pero crea un precedente que no es posible pasar por alto. Esto podría convertirse en algo corriente. Y hay que reflexionar seriamente.

Greg presentó por un momento la expresión de un malvado, y de pronto echó a correr. Divisé al padre Lewen y a Dan al fondo del teatro, silueteados contra la luz del sol que brillaba en el vestíbulo. Cuando Greg intentó pasar por en medio, lo asieron del brazo.

El representante y la rubia se marcharon por una puerta lateral, en el mismo instante en que alguien dejaba caer algo pesado y metálico en el escenario. De este modo, la desaparición de aquella pareja pareció haber hecho estallar un trueno.

Estuvimos contemplando la pantomima del padre Lewen, que le preguntaba algo a Dan, cómo contestaba éste, y cómo después los dos discutían con Greg, cuya cabeza iba de un lado a otro como las de los espectadores de un partido de tenis. Luego, Greg volvió a descender por el pasillo central.

–¡Descanso! –anunció, levantando la voz–. A las dos en punto, todo el mundo vestido y maquillado.

Nos dispersamos. Yo acorralé a Dan en el vestíbulo, donde fumaba un cigarrillo con una larga boquilla; llevaba el traje arrugado, sucio, y lucía una buena barba.

–Naturalmente, no me incumbe en absoluto –dije hipócritamente–, pero ¿qué ha sido esa charla misteriosa?

Dan se limitó a mirarme y murmuró:

–¡Aguarda!

Llegó el padre Lewen. El y Dan se miraron mutuamente.

–¿Qué existe, aparte de la Iglesia y el Estado? –indagó en el tono de quien posee la solución de un acertijo.

–EL PROFESIONALISMO PURO –contestó Dan, pausadamente.

El padre se alejó sonriendo.

A las tres (ya que estaba anunciado para las dos), los actores estaban en el escenario, vestidos y maquillados, siendo inspeccionados desde la platea. Greg se aclaró nerviosamente la garganta, apoyado de codos en el proscenio.

–Antes de empezar –manifestó–, me gustaría darles unas notas de carácter general.

Este no era el procedimiento normal, por lo que hubo unos murmullos, como una débil brisa soplando en medio de la Revolución francesa. Empezando por mí, Greg me entregó unas notas, continuando igual con los demás hasta llegar a Les.

«Les: demasiado introvertido... posee el sentido de la futilidad adecuado... pero también deseo que la figura de Fausto se exprese con tremenda energía a partir de la futilidad, incluso de una manera fútil.»

El motivo de tales notas quedó claro para nosotros, cuando Greg, bizqueando los ojos nerviosamente, dirigió las observaciones siguientes a la calavera.

–No le he dado notas hasta ahora –dijo–, porque deseaba formarme un criterio claro viéndole actuar libremente, sin poner trabas a su creatividad. Creo que ahora ya sé lo que se necesita. Le quiero *inescrutable,* tan callado, tan inmóvil como la misma Muerte. Quiero que todo lo guarde en su interior, y que dicho interior sea como una hoja en blanco. Quiero que quede reducido a los huesos pelados de su papel. Su presencia es tan importante, que si interpreta el personaje sin ningún sentimentalismo barato, lo dominará todo. Esto es fantástico. Recuerde que ha de mantenerse callado, inmóvil. Silencio... calma... ESTANDO, SIN ESTAR PRESENTE EN REALIDAD. Este es su papel. Y quiero también que sepa que su interpretación es perfecta.

Bien, esto dio resultado. Naturalmente, el ensayo general fue un infierno, pero al menos fue un infierno en la Tierra, sin interferencias sobrenaturales. Después, dimos una representación y nos despedimos.

La crítica, en realidad, se apoyó fuertemente en el ángulo del «Teatro del Absurdo». Dijeron cosas así: «La obra pertenece completamente al teatro del absurdo.» Y: «Sí, de acuerdo, es una comedia absurda.» También: «Aún más absurda.» O: «En mi vida presencié nada tan absurdo.» Todos afirmaron que Les consiguió valientemente trascender su ser material. Algunos añadieron que el resto del reparto «luchó galantemente contra viento y marea, aunque consiguiendo triunfar en sus intenciones». Otros críticos afirmaron que el «reparto compartió la apatía del público».

Supongo que podría decir que también a mí me mencionaron. ¡Oh, Dios mío! Un crítico escribió: «Jamás contemplé a unos actores que supiesen tropezar con sus propios pies hasta que asistí a esa representación y vi a una chica guapetona, de ojos extraviados, que figuraba en el reparto. Fue el único simbolismo auténtico de toda la obra.» Bien, hablar de ello le resta parte de su horror. Además, el crítico me llamaba «guapetona».

Habría debido guardar las críticas a fin de poder releerlas y reírme algún día, pero no lo hice. He firmado un contrato veraniego, gracias a Dan, que será el director. Lo que demuestra que las mejores cosas de la vida son los beneficios marginales. Escribe al Teatro de Oz. Oz, Kansas. Una postal no es suficiente.

Besos para ti, Lennie, Iris y Susie.

Cassie

P. D.: Lo olvidaba (probablemente un bloqueo mental). El *Diario de las Mujeres,* decía que el espectáculo «quedaba redimido por unas composiciones excelentes de la escena, como la que quedaba dominada por una calavera de la que emanaba un espantoso Ser en el No-Ser». Esto es algo que hay que atribuir al viejo Greg. Sabía dirigir»